



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS NOVELISTAS PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN



Si es gloria de la nación
y si no ha llegado al fin
su brillante inspiración,
¿por qué no escribe Alarcón?
(como decía Clarín.)

Lit. de Brabo, Descargano, 14 y Carbon, 7, Madrid.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¿Quién es Calleja?, por Eduardo Bustillo.—Poesías de Víctor Hugo, por José Estremera.—Historia de un toro contada por él mismo, por Ricardo de la Vega.—La lección, por Eusebio Sierra.—Sobre gustos..., por Sinesio Delgado.—Naturalismo crudo, por Constantino Gil.—Epigramas, por Luis López.—Inconsecuencias, por A. García Quevedo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Pedro Antonio de Alarcón, por *Mecachis*.—El paseo de Recoletos, por Cilla.—Monumentos, por Moya.



Lejos del mundo y su ruido, tomo la pluma, no para decir á los lectores del MADRID CÓMICO de qué modo han de poner la mesa cuando tengan convidados, como hace el doctor Thebussem desde la Huerta de la Cigarra, ni para discurrir sobre las trescientas once maneras que tiene la humanidad de rascarse la espalda, ni siquiera para filosofar respecto de los sobrescritos cultivados por las modistas desde los tiempos de Santa Ana, madre de Nuestra Señora, hasta nuestros días, asuntos todos que traen preocupados á los hombres de saber.

Yo escribo sobre cosas menos interesantes, v. gr., sobre el Ministro de la Gobernación, que ha hablado en la alta Cámara del *bacillus coma*, el *bacillus dos puntos* y el *bacillus punto y seguido*, para venir á parar en que el doctor Ferrán es un fanático y en que él (Romero) sabe más micrografía que Nabucodonosor, rey de Babilonia.

Resulta del discurso del Ministro, que los experimentos del famoso doctor no le han satisfecho hoy por hoy. Veremos si más adelante, y después de las profundas investigaciones científicas de Romero Robledo, podemos vacunarnos, con el beneplácito del Gobierno de S. M.

Mientras no conozca su ilustrada opinión, suspendo la vacuna y me meto en mi casa á esperar el morbo-asiático ó lo que quiera venir. Prefiero que el mal me ataque á que mañana sepa el Ministro que me he dejado inocular el *bacillus virgula*, ú otro *bacillus* cualquiera, no aprobado por el Consejo de Sanidad del Reino.

Porque es lo que dicen los amigos del Ministro:

—¿Cómo es posible creer que la vacuna evita el mal? Por ese principio, bastaría inocularse con el virus fusionista para hacer imposible la entrada del Sr. Sagasta en el Gobierno.

Felizmente, los conservadores no creen en la vacuna; de otro modo, ya se hubiesen hecho vacunar con virus de don Venancio.

* * *

Ya, gracias á Dios, podemos dormir tranquilos los aficionados á perro.

Se ha creado en Madrid un asilo para animales de todas las especies: desde el toro hasta el sapo.

Merced á esta importante mejora, reclamada por todas las señoras que tienen amor á los brutos, podremos salir á veranear, dejando en el asilo á los animales domésticos de nuestra particular estimación, empezando por el gato y concluyendo por la criada.

El nuevo establecimiento ha empezado con mucha suerte. Son varias las personas que han acudido á depositar los animales de su uso en el benéfico asilo.

Doña Veremunda llevó antes de ayer á su faldero amado, el cual, según ella dice, es más que si fuera su padre.

—¿Es aquí donde reparan su salud los seres delicados?—preguntó.

—Sí, señora—le dijeron.

—En ese caso, voy á dejar á *Zulín*. ¡Mire V. cómo se me ha quedado!

—¿Ha tenido el moquillo?

—No señor; ha tenido relaciones con una perra casada y hoy le devora la melancolía y el remordimiento.

En el nuevo hospital hay espaciosas y ventiladas naves, enfermería, baños y cuantas comodidades puede ambicionar el animal más exigente.

D. Eleuterio, que es fundador de la sociedad protectora de las bestias inocentes, llevó al asilo un galápago enfermo,

—El pobrecito padece de alucinaciones, á consecuencia de un disgusto—dijo con acento conmovido.—Que no valga mi opinión, porque VV. mejor que yo sabrán lo que le conviene, pero estoy por decir que le sentarían perfectamente unos bañitos templados.

El establecimiento viene á llenar un vacío, y es de creer que se irán introduciendo importantes mejoras, á medida que se generalice la costumbre de amar á los animales como á nosotros mismos.

Por de pronto, podría crearse un salón de lectura, sin que creamos que al hacer esta indicación proponemos nada nuevo.

Antes de ahora hemos conocido muchos animales aficionados á las letras.

A consecuencia de lo cual andan por ahí metiendo bulla una porción de monos eruditos.

* * *

Hay quien se deja robar con verdadero deleite, como si cumpliera una sagrada misión.

Diríase que al salir de su pueblo pone ya en el portamonedas el dinero destinado á los espadistas y que echa pie á tierra en la estación del ferrocarril diciendo para sus adentros:

—Ea: á ver á quién le doy este dinerito.

El último robado hasta el día, ha sido un joven de buena índole que se entretenía en contemplar los escaparates de la Puerta del Sol, cuando se le acercaron tres sujetos atentísimos, de esos que se meten en el corazón.

—Usted no es de aquí, ¿verdad?—le preguntaron.

Y él dijo:

—No señor: yo soy de más lejos. ¿Y VV.?

—Nosotros somos de la calle del Tribulete para servir á V. ¿Quiere V. que demos una vueltecita?

—Pues, á darla—contestó él.

Después le invitaron á que entrase en una alcantarilla, so color de que allí se disfrutaba de muy buenas vistas, cosa muy natural, y el joven entró, guiado por sus aficiones campestres. Cuando le tuvieron dentro, comenzaron por registrarle los bolsillos, y concluyeron por dejarle sin una peseta.

—¡Pero hombre! ¿á quién se le ocurre dejarse robar de ese modo?—le decían más tarde en la casa de huéspedes.

—¿Estará V. muy triste?

—Quiá—contestaba él.—No pueden VV. figurarse qué buen rato se pasa mientras le roban á uno. Y eso que ni siquiera me han dado un golpe.

* * *

A este apacible villorrio no llegan las asechanzas del mal ni las sugerencias del pecado. Aquí se vive en la más dulce de las monotonías.

El canto del grillo viene á turbar de cuando en cuando nuestro reposo, pero nos hacemos la cuenta de que estamos oyendo cantar á cualquier señorita, primer premio del Conservatorio.

Aún no han llegado las tan acreditadas familias que veranean aquí desde tiempo inmemorial, pero están al caer. Ayer ví algunos carros procedentes de la corte, que contenían catres, sillas y otros chirimbolos, y me dije con mal reprimido entusiasmo:

—Los dioses se acercan.

Preparémonos á cultivar el trato ameno de los emigrantes madrileños, que han de proporcionarme materia sobrada para mis artículos, Dios mediante.

LUIS TABOADA.

Pozuelo de Alarcón 29 de mayo.

¿QUIÉN ES CALLEJA?

¡Sepase quién es! —nos dice,
en el salón y en la plaza,
con su arrogante apostura
y su atrevida palabra.

Y ¿quién es? ¿Cuál es su oficio?
¿de qué logra gozar fama?
¿qué altos negocios emprende?
¿con qué rentas triunfa y gasta?

Ni oficio, ni beneficios,
ni empresas altas ó bajas,
ni glorias que le coronen,
ni rentas que algo le valgan.

Es simplemente un buen mozo;
Dios le dispensó esa gracia
para que en él, de las otras,
se note mejor la falta.

Porque como en él se juntan
corta fecha y larga facha,
y al primer golpe de vista
es atractiva su estampa,

Al buscar con el oído
lo que á los ojos reclama,
se comprende que *no corran*
galgos de muy buena traza.

Aunque se engalle la bestia
con arreos de oro y plata,
dará en la coz testimonio
de que merece la albarda.

Tal nuestro hombre; hermosa
que es imán de las miradas, [bestia,
pero que al hablar, á coces
derriba á los pies los almas.

Sus juicios son siempre errados,
y aunque herraduras no calza,
en los pies las merecía
si las luce en la corbata.

Pedirle ciencia es inútil;
¿ideas? cosa excusada;
¿voluntad? á la otra puerta;
¿memoria? á la otra ventana.

Y aun aseguran que goza
del favor de ciertas damas;
que, para lo que le quieren,
ha de ser muy buena alhaja.

Y se dice que una de ellas,
con Calleja encallejada,
roba al discreto marido
y al necio amante regala.

Y así no extrañéis que el hombre,
con insolente arrogancia,
á prueba con sabios entre
y en triunfo por bruto salga.

Sin saber nada, se engríe,
vive bien sin tener nada,
debe el vestir al buen talle
y á su arrojo la pitanza.

Como á un hombre distinguido
mucha gente le señala,
y necios hay que le envidian
y tontas hay que le alaban.

Mas ¿saber *quién es* Calleja?
¿Cómo, si á tanto no alcanzan
el foquista, que no cobra,
ni el sastre, á quien nunca paga?

EDUARDO BUSTILLO.

POESÍAS DE VÍCTOR HUGO

I

¡Ah! no insultéis á la mujer caída;
nadie sabe á qué peso ha sucumbido,
ni, antes de verse su virtud rendida,
cuántos días el hambre ha resistido.

¿Quién no la ha visto á la virtud asida,
sin lanzar una queja,
como la gota que la lluvia deja
en la rama, y en ella tiembla y lucha
ansiando no perderla
por no dejar pureza, brillo y todo,
pues, si en el árbol es hermosa perla
después de su caída será lodo?

Del sol al limpio rayo aquella gota
recobra su hermosura
y trocada en vapor se purifica.
Así aquella mujer vuelve á ser pura
cuando un rayo de amor la vivifica.

II

LA MAÑANA

Moriturus morituro.

Su velo va tendiendo la aurora nacarada.
Se ve la vieja torre de rojo matizada.
La noche ya levanta su lúgubre capuz,
y se une, cual se juntan la gloria y la alegría,
al despertar la aurora, en plácida armonía
del bosque el primer canto con la primera luz.

¡Sonríes viendo el brillo de la naciente aurora!
Acaso, si mañana la tumba me devora,
verás, desesperado, el mismo sol brillar;
verás las mismas luces tranquilas y suaves,
verás la misma aurora; oírás las mismas aves
sobre mi tumba fría al mismo sol cantar.

Mas, á otros horizontes el alma arrebatada,
un porvenir sin límites contempla su mirada
rompiendo de la tierra la dura esclavitud.
La aurora de lo eterno ve, al cabo, descubierta;
que el alma de la vida entonces se despierta
cual de una triste noche de insomnio é inquietud.

JOSÉ ESTREMERÁ.

HISTORIA DE UN TORO

CONTADA POR ÉL MISMO

(Continuación.)

Aquellos dos hombres que estaban asomados á la reja del Ayuntamiento eran unos aficionados que, noticiosos de mi valor, querían verme de cerca.

—*Mirale bien, Anastasio (decía uno); este novillo va á hacer carne en la corrida de mañana. ¿No le ves qué inquieto y qué resoplidos está dando? ¡Si nos cogiera entre sus cuernos, eh...?*

—*¡Quia, hombre, quia! Si lo que tiene es que ha olido las vacas del tío Sinforoso, que están ahí cerca, y ya se ve... el animal, que no es de piedra, sino que tiene sus aficiones como las tienes tú ó cualesquiera, ¿qué quieres que haga? A bien que cuando tú rondabas á la sobrina del sacristán y te pasabas la noche dando vueltas por el callejón de su casa, con la cabeza levantada hacia el balcón esperando que la muchacha te hiciera la señal para subir, vamos, que entonces, nadie se podía acercar á ti; que te volvías tan bruto como éste. Ahora, no digo yo que este toro no sea valiente; pero lo que yo te digo es que lo que tiene ahora es mal de amores.*

¡Tú me comprendes, amigo mío! —exclamé dando un tierno bramido, y abalanzándome á la reja para lamer las manos de aquel hombre tan conocedor del corazón rumiante.

—*¡Cuerno!!* —gritaron los dos metiéndose precipitadamente y cerrando la ventana. Yo me quedé con el hocico entre los hierros, y mis hombres se conoce que no pararon de correr, á juzgar por el ruido que se percibía en el interior, hasta meterse debajo de la mesa del señor alcalde presidente.

A todo esto, los mugidos vacunos se dejaban oír á cortos intervalos, y yo decidí *resignarme* durante la noche y escaparme al día siguiente cuando me sacaran á la plaza para ser corrido. Me sería fácil saltar por encima de una carreta á trueque de espachurrar unos cuantos espectadores ó romper la empalizada y colarme en el portal del Ayuntamiento para salir á una calle que hay á espaldas del edificio.

Esta decisión me tranquilizó un poco, y deseando descansar para estar ágil al día siguiente, me eché junto á uno de mis pobres compañeros, que roncaba profundamente.

Poco tardé en dormirme. Las emociones que conmovían mi alma habían fraguado en mi acalorada imaginación un sueño intranquilo que luego degeneró en pesadilla.

Soñaba con los alegres días de mi primera edad. Veía entre los pastos de la dehesa á mi noble y virtuoso padre, y oía sus excelentes consejos. Trasladábame luego al *harem* de mis enamoradas vacas, y allí retozaba con ellas ó jugaba con mis inocentes hijos, enseñándoles á ser bravos y á no volver nunca la cabeza.

Me regocijaba oyendo contar á los mansos las hazañas de mis ilustres antepasados pertenecientes á nuestra ganadería; y por último, mi sueño iba aumentando de color, y llegué á figurarme que me hallaba por conquista en medio de las vacas del Sr. Sinforoso, y que una de ellas, mansamente tendida á mi lado, me envenenaba con su enamorado aliento.

—*¡Tuyo soy, alma mía!* —exclamé echando mis brazos al cuello de la hermosa hembra que dormía junto á mí.

—*¡Animal! ¿Qué haces?* —me contestó una voz de macho que me hizo despertar en el acto.

¡Ay!... ¡Todo había sido un sueño!

En el ardor de mi desenvuelta pesadilla había abrazado al compañero que reposaba á mi lado: *buen mozo, berrendo y bien armado*. A no ser en sueños, no era fácil confundirlo; pero una imaginación calenturienta y desenfrenada como la mía no se sabe á qué extremos puede conducir.

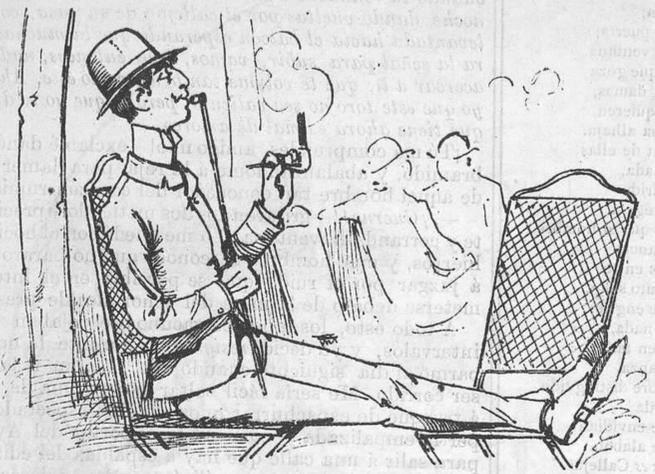
Al despertar, el reló de la torre daba las cinco. Era, pues, la hora de correr el novillo del aguardiente. Un sobrino mío, *ceniciento, cornigacho*, de muchos pies y pocas libras, fué el elegido para romper plaza. Yo le aconsejé que no se fatigara mucho y que dejara sus bríos para la corrida de la tarde, que es cuando acuden los *granujas* de Madrid. —*Entonces (le dije) podrás espanzurrar á media docena, y la sociedad te lo agradecerá mucho.*

—*¡Y V., qué piensa hacer esta tarde? (me preguntó.) —¿Yo?... ¡Ay, sobrino mío! (le contesté suspirando.) ¡Ya lo verás? Yo estoy destinado á más peliagudas empresas.*

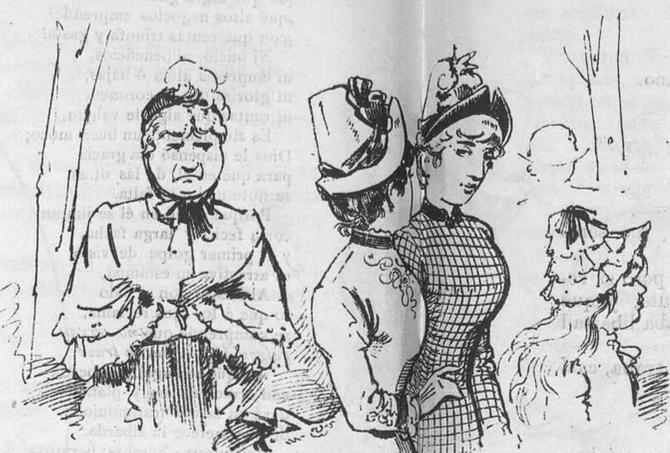
En esto se abrió la puerta del chiquero, y mi joven sobrino se lanzó á la plaza como un rayo. Corría mucho y atropelló á unos cuantos sin resultados lastimosos. La gente que había en la plaza se divertía grandemente con mi sobrino, que después de todo era un inocentón, y yo me avergonzaba de ver á un individuo de mi sangre sirviendo de payaso. Le ponían un *pelele*, y embestia con él en medio de la gritería general. Le llamaban desde la puerta de una casa cuatro ó cinco bárbaros que se estrujaban por entrar al mismo tiempo, y cuando llegaba le daban con la puerta en los hocicos.

Un paleta le colgó el chaquetón de los cuernos, y mi sobrino, ciego, y sin poder desembarazarse de aquel estorbo, se dió á correr con tal violencia, que concluyó por romperse las narices contra la rueda de un carro.

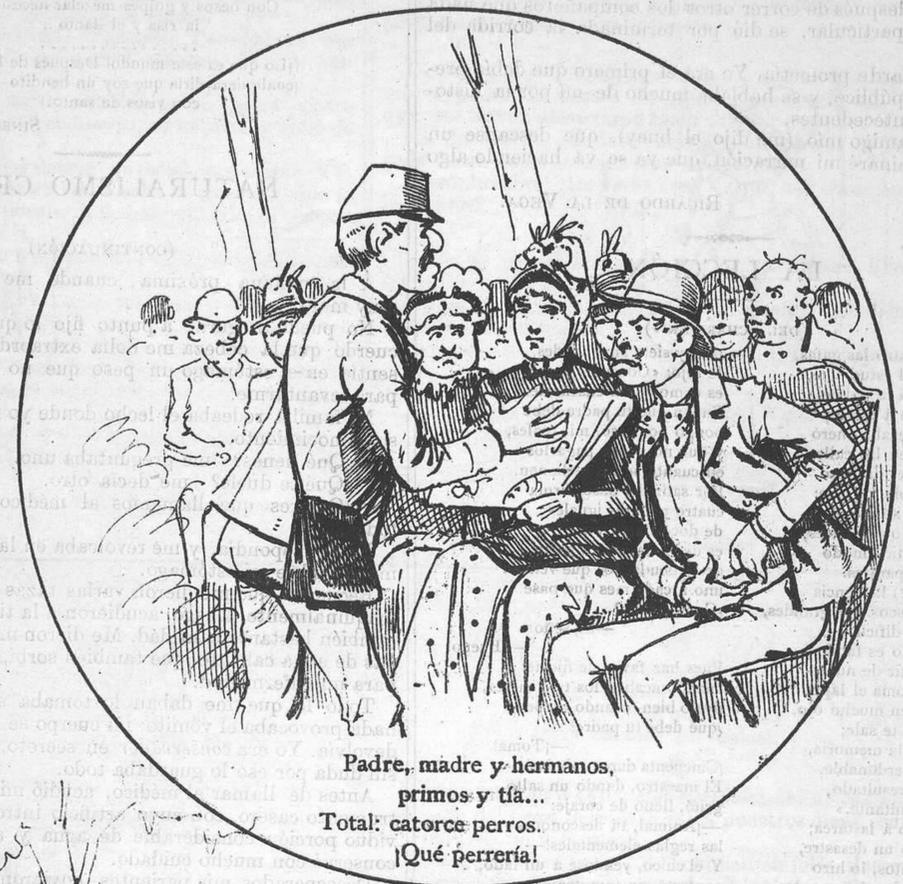
EL PASEO DE RECOLETOS



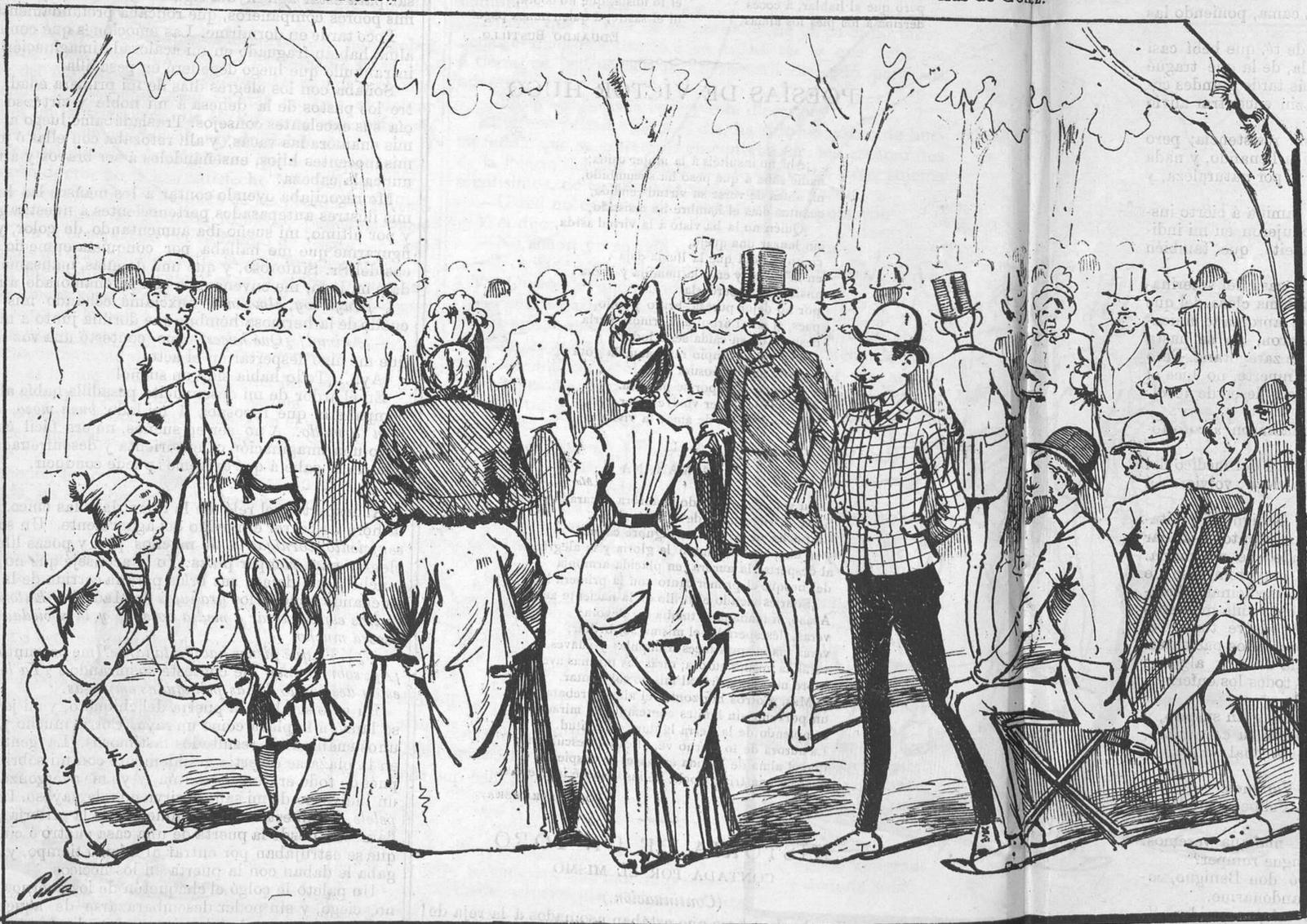
El chico de las de Necio.



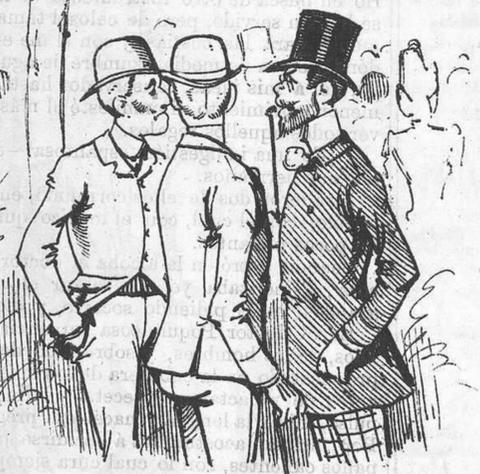
Las de Góonz.



Padre, madre y hermanos,
 primos y tía...
 Total: catorce perros.
 ¡Qué perrería!



Sujetas y sujetos
 que se pasan la tarde en Recoletos.



—Dejó plantado á Irene Federico
 y él tuvo un gran disgusto al verse así.
 —Pues el que tuvo Irene no fué chico!
 —Hay quien dice que sí!



El de todos los domingos.

Los mozos le apaleaban á su gusto, y las mozas chillaban á su antojo; que también suelen tener *antojos* las *mozas* de los pueblos, aunque por el hecho de ser *mozas* no debieran ser *antojadizas*.

Terminado el capeo de mi triste sobrino, fué encerrado en el corral; y después de correr otros dos compañeros que nada hicieron de particular, se dió por terminada la corrida del *aguardiente*.

La de la tarde prometía. Yo era el primero que debía presentarse en público, y se hablaba mucho de mí por la historia de mis antecedentes.

Permite, amigo mío (me dijo el buey), que descanse un poco, y terminaré mi narración, que ya se va haciendo algo pesada.

RICARDO DE LA VEGA.

LA LECCIÓN

(DEL «CHARIVARI»)

Caló el maestro las gafas, miró un rato al estudiante, que de miedo á la palmeta estaba sudando á mares, y eso que empezaba enero y había nieve en las calles, y así continuó el discurso con voz repasada y grave: «Es necesario, amiguito, que te fijas en lo que haces, porque es el único modo de no decir disparates. La aritmética es la ciencia que da los chascos más grandes, porque parece difícil, y resulta que no es fácil. Conque á repetir de nuevo la operación: toma el lápiz y el papel, y ten mucho ojo, y mira á ver si te sale; pues si por mala memoria, ó descuido imperdonable, no das con el resultado, atente á lo resultante.» Volvió el chico á la tarea; pero, temiendo un desastre, en varios intentos, lo hizo cuando mejor, igual que antes. Con gran paciencia el maestro, que aquel día estaba amable, porque iba á cobrar de un golpe

diez y siete anualidades, le dijo: «Con un ejemplo es como voy á enseñarte: Supón que tu padre debe pongo por caso, mil reales, y que no puede pagarlos en cuanto se los reclamen. Por salir del paso, firma cuatro pagarés iguales de doce duros y medio, es decir, la cuarta parte de la deuda, los que vencen uno á cada mes que pase... ¿Comprendes?»

—Sí, señor.

—¡Buena!

Pues haz favor de fijarte: cuando acaben los tres meses, óyelo bien, cuando acaben, ¿qué debe tu padre?»

—¡Toma!

¡Cincuenta duros cabales!— El maestro, dando un salto, gritó, lleno de coraje:

—¡Animal, tú desconoces

las reglas elementales!—

Y el chico, yéndose á un lado,

contestó sin inmutarse:

—Desconoceré las reglas,

¡pero conozco á mi padre!

EUSEBIO SIERRA.

SOBRE GUSTOS...

A mí me entusiasman las hembras de brío ceñudas y fieras, de altivo carácter, de genio bravío, más agrio, más rudo, más fuerte que el mío, que es fuerte de veras.

Mujeres de hierro que mandan mirando, que á golpes me tratan, que mezclan volubles lo duro y lo blando, que insultan y lloran y pegan besando, que adoran y matan.

Me cargan, me hastían los goces sin duelos, ¡valiente pamplina! Yo quiero emociones; arranques de celos, cachetes, rabietas, halagos, consuelos... ¡y á ver quién domina!

Dejar que me abrasen sus ojos de fuego, y dándome á buenas hacer que no entienda ni vea mi juego; caer, maniatado, de hinojos, ¡y luego romper las cadenas!

Mirar como, airada, me ofende mi niña con fieros desdenes; buscar como ayuda cualquier socialina diciéndole á su oído, durante la riña: —Pichona, ¿qué tienes?

Pedirla perdones, cantar su hermosura, llamarla:—¡Mi dueño! y cuando su rabia se trueca en dulzura, decirla sandeces con frase muy dura, mirarla con ceño...

Cuando ella se yergue, rendirme humillado; cuando ella se humilla, tratarla altanero, terrible y airado, y así entre las olas, ni puente ni vado, ¡jamás en la orilla!

Con besos y golpes mezclar necesito, la risa y el llanto ..

(¡Lo que es este mundo! Después de lo escrito ¡cualquiera diría que soy un bendito con visos de santo!)

SINESIO DELGADO.

NATURALISMO CRUDO

(CONTINUACIÓN)

Á la mañana próxima, cuando me desperté, me sentí muy malo.

No puedo asegurar á punto fijo lo que tenía; pero sí recuerdo que la cabeza me dolía extraordinariamente, y que sentía en el estómago un peso que no me dejaba libertad para levantarme.

Mi familia rodeaba el lecho donde yo me encontraba, casi sin conocimiento.

—¿Qué tienes?—me preguntaba uno.

—¿Qué te duele?—me decía otro.

—¿Quieres que llamemos al médico?—me aconsejaban todos.

Yo no respondía, y me revolcaba en la cama, poniendo las manos sobre mi estómago.

Recuerdo que me dieron varias tazas de té, que bebí casi maquinalmente. Luego, acudieron á la tila, de la que tragué también bastante cantidad. Me dieron más tarde grandes copas de agua caliente, que también sorbí, sin encontrar alivio para mi enfermedad.

Todo lo que me daban lo tomaba sin resistencia; pero nada provocaba el vómito: mi cuerpo se iba llenando, y nada devolvía. Yo era *conservador* en secreto, y por naturaleza, y sin duda por eso lo guardaba todo.

Antes de llamar al médico, acudió mi familia á cierto instrumento casero, con cuyo artificio introdujeron en mi individuo porción considerable de agua y aceite, que también conservé con mucho cuidado.

Desesperados mis parientes, enviaron á casa del veterinario en busca de otro instrumento de la misma clase del que se habían servido, pero de colosal tamaño, apropiado únicamente para las bestias, y con él me enviaron, no sé hasta dónde, cerca de media azumbre de agua de zaragotana. Pero yo, fiel á mis ideas, conservador hasta la muerte, no hice el menor movimiento ni manifesté el más ligero deseo de devolver todos aquellos regalos.

—¡Es una indigestión espantosa!—exclamaron á coro todos mis hermanos.

Y salieron dos de ellos corriendo, en busca del médico del pueblo; con el cual, con el médico quiero decir, volvieron á los pocos instantes.

Cuando entró en la alcoba el doctor D. Benigno Poquitacosa, comenzaba yo á recobrar el conocimiento y á dar grandes voces pidiendo socorro, y diciendo que me moría.

Es el doctor Poquitacosa un anciano muy temeroso de Dios, de los hombres, y sobre todo de las medicinas. Siempre asustado en la cabecera de los enfermos, vacila mil veces antes de redactar una receta, y todo se le vuelve tomar el pulso, mirar la lengua y hacer mil preguntas á los pacientes. Por último, acostumbra á decidirse por la dieta y algunos paños calientes, con lo cual cura siempre todos los enfermos que no se le mueren.

Cuando me vió, frunció las cejas, dió un gran suspiro, y comenzó á observarme detenidamente, según su costumbre.

Así pasó una media hora, al cabo de la cual, dijo con acento muy compungido:

—¡Esto es una indigestión espantosa! Veremos.

—¿Pero qué?—le preguntó mi hermano Felipe, —¿no le receta V. nada?

—Por ahora no—repuso Poquitacosa:—mañana veremos.

—¿Ni una purga siquiera, á ver si consigue romper?

—Las purgas... las purgas...—murmuró don Benigno, cogiendo su sombrero y disponiéndose á abandonarme.

—¡Pero D. Benigno—le dijo un primo mío,—considere V. todo lo que tiene el pobre en el cuerpo, y que si no lo echa pronto, va á reventar!

—Eso es lo que yo quiero—repuso Poquitacosa:—en

cuanto reviente, se quedará sano y limpio como una patena. Hasta mañana.

Entonces mi hermano mayor cogió al médico por la mano, y le dijo con acento suplicante:

—¡D. Benigno, por Dios; una purga, sea de lo que sea, porque si no, el pobrecito no llega á la noche!

—Bueno, como VV. quieran—respondió Poquitacosa con voz meliflua:—le recetaré una purga, ya que VV. se empuñan.

Y acercándose á una mesa, escribió en un papel cuatro garrapatos, volvió á coger su sombrero, se lo puso, y salió de la casa, murmurando:

—Ea, hasta mañana; si ocurre novedad, me avisan VV. ¡Ah! Y conste—añadió volviéndose desde la puerta,—que la purga se la he recetado porque VV. han querido; si sucede algo, yo me lavo las manos.

Y desapareció, dejando á mi pobre familia completamente consternada.

Poco después la purga estaba en mi casa, y dos minutos más tarde dentro de mi cuerpo.

Mis parientes esperaron una hora, dos, tres, toda la tarde, á ver si me hacía efecto la medicina. Pero yo, nada; consecuente con mis principios políticos, la conservé, como todo lo que había tomado.

Á todo esto, corrió por el pueblo la voz de que yo me hallaba muy enfermo, y con este motivo vinieron á verme varios amigos.

CONSTANTINO GIL.

(Se continuará.)

EPÍGRAMAS

Tal afición, según fama,
tiene á la holganza Villodas,
que cuando se va á la cama
dice:—¡Aquí me las den todas!

A su esposa Clara un día
don Vicente soñó,

y ella, airada, le juró
que á la cara le saldría.
Y aquello que á don Vicente
le juró su esposa Clara,
no le ha salido á la cara,
que le ha salido á la frente.

LUIS LÓPEZ.

INCONSECUENCIAS

I

La sociedad imbecil ó envidiosa
La calumnia esgrimió con saña odiosa,
Y sobre un corazón dejó esculpida
La historia de una vida.
Copió el arte aquel drama,
A la escena después entregó el símil,
Pero la sociedad al ver la trama
Silbándole exclamaba: ¡Inverosímil!

II

De un abismo arrojóse en lo profundo
Una mujer huyendo de su suerte:
Dolido de su mal lloraba el mundo
Al ver el cuerpo presa de la muerte.
Del vicio en el abismo tiempo hacía
Que aquella desgraciada
Tumba á su corazón abierto había,
Y, aunque tenía el alma destrozada,
El mundo la miraba... y se reía!

A. GARCÍA DE QUEVEDO.



CHISMES Y CUENTOS

Dentro de algunos días empezará á actuar en el Teatro del Príncipe Alfonso una compañía de ópera italiana.

La cual (la compañía), á juzgar por los carteles, no parece mala.

Me alegraré de que no lo sea.

✱

Señores administradores de periódicos:

Han de saber VV. que teníamos en Segovia un corresponsal que creimos buena persona... y nos ha salido el tiro por la culata.

Porque el buen señor no paga lo que debe aunque se lo pidan frailes descalzos.

Le giramos letras, y las devuelve tan vírgenes como fueron. ¡No he visto en mi vida desahogo semejante!

¿Que cómo se llama el caballero? Lo diré en el número próximo si no paga para entonces.

✱

Una nota que tiene mucho salero y que he visto al pie de un prospecto del Teatro de Apolo anunciando dos estrenos que, por cierto, alcanzaron buen éxito:

«El Sr. Morón, por deferencia á los autores, se ha encargado de un papel inferior á su categoría.»

¡Pero, hombre! ¿De veras cree V. que hay otras categorías inferiores?

✱

Ya se ha puesto á la venta en las principales librerías el nuevo libro de Constantino Gil.

Ya saben VV. que se titula *El Monigote* y que deben comprarlo inmediatamente.

Para muestra estamos publicando el primer capítulo.

✱

Ya se han echado encima los calores,
ya vienen los afanes.

¡Ya podemos, señores,
cambiar por papeletas los gabanes!

✱

¿A que no saben VV. dónde se van á celebrar juegos florales?

¡En Arenys de Mar!

¡Buena flor natural se va á ganar Alcalde Valladares!

✱

Cuatro sabios oficiales
se van en pos de Ferrán.
¡Y lo malo es que les dan
todos los días mil reales!

✱

Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX (Continuación del *Cean Bermúdez* hasta nuestros días), escrita por Manuel Ossorio y Bernard.

Forma esta obra un grueso volumen en folio, ilustrado con numerosos retratos y reproducciones artísticas. Su precio, 23 pesetas en rústica y 25 en tela.

En virtud de acuerdo entre el autor de la obra y la empresa de este periódico, toda persona que adquiera un ejemplar de la *Galería* remitiendo su importe al Sr. Ossorio, calle del Mesón de Paredes, 9, principal, recibirá gratis durante un año el MADRID CÓMICO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un suscriptor.—No sé dónde.—Efectivamente, la composición es mala, pero es V. demasiado modesto. ¡Ya quisieran algunos hacer eso!

Sr. D. A. M.—Madrid.—¿Sabe V. que no están mal del todo? Les falta, así, como frescura y facilidad.

Sr. D. P. L.—Madrid.—Hemos avisado oportunamente, que no podemos publicar artículos. ¡Hay un millón esperando turno!

Sr. D. J. C.—Madrid.—La forma es bonita, pero cuida V. poco los asuntos.

Sr. D. C. P.—Valladolid.—Eso es mediano.

Sr. D. C. S.—Madrid.—Idem de lienzo.

Sr. D. E. J.—Cádiz.—Tiene, efectivamente, sabor andaluz, pero hay muchos descuidos de forma.

Sr. D. A. C.—Madrid.—No contesto, porque V. menudea sus envíos de un modo extraordinario. Me gusta su estilo, pero escribe V. muy de prisa, y es lástima, porque de ahí vienen las incorrecciones.

Sr. D. J. R.—Segovia.—Cuando llegue el turno. Hay muchas.

A mi discípulo.—Villanueva.—¡Bien! Se publicará.

Clarinete.—Valencia.—Está regularmente, pero... lea V. la tercera contestación.

Sr. D. R. A.—Madrid.—Es inocente.

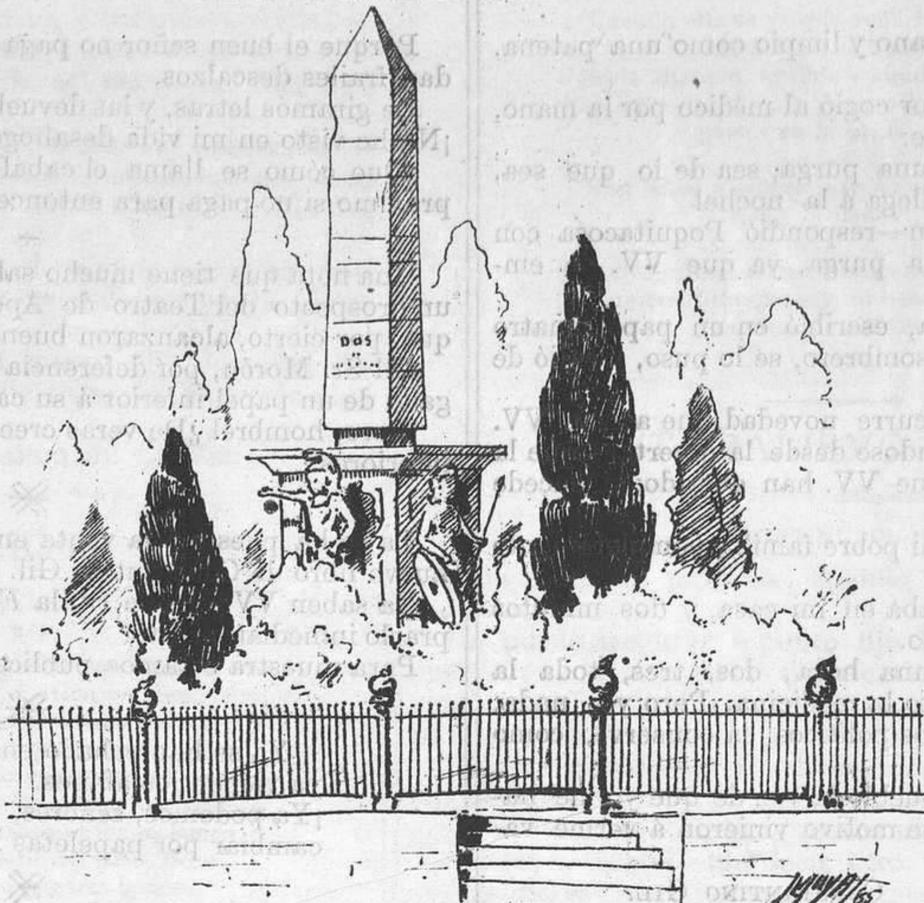
Sr. D. A. M.—Tarragona.—Créame V., el hacer sonetos es más difícil de lo que parece.

Sr. D. J. M.—Madrid.—Es flojita.

Sr. D. A. N.—Madrid.—Si no se publica en el número próximo, pierde la oportunidad, y para entonces tenemos preparado un artículo con el mismo asunto.

Sr. D. L. H.—Madrid.—También V. lo hace de prisa; así es que no repara en ripios ni en versos cojos...

MONUMENTOS



Para empezar, allí va una cosa que tiene punta.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en provincias no se admiten por menos de seis meses.
 No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, pral.
 DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

MADRID POLÍTICO

REGALO A LOS SUSCRITORES
 DEL

MADRID CÓMICO

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

AL POBRE DIABLO

14, DESENGAÑO, 14

Casa especial en calzado de caballero por lo elegante en la forma, y por su mucha economía.

PEINETAS DE NOVEDAD EN GELULOIDE

Es una pasta que sustituye ventajosamente a la concha, en color rubio ó jaspeado, con la inmensa ventaja de que son *inrompibles*. Gran surtido y variedad de dibujos, pudiéndose hacer toda clase de encargos, en las formas y tamaños que se pidan.

Perfumería de Ferra, Carmen, 1

COMPañÍA COLONIAL PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA CHOCOLATES ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
 EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
 Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MAGDALENA, 7, ENTRESUELO LA CONFIANZA MAGDALENA, 7, ENTRESUELO VENTAS A PLAZOS DESDE UNA PESETA SEMANAL

Nuestro sistema facilita á precios corrientes de plaza á toda persona, por modesta que sea su posición, si sus buenos antecedentes la garantizan, los géneros de nuestros almacenes, que son: trajes confeccionados á medida, capas, gabanes, sombreros, muebles de ebanistería y tapicería, camas de todas clases y formas, colchones, lana y muelles, colchas, mantas, chales, lencería, mantelería, merinos y otros muchos géneros procedentes de las mejores fábricas del país y del extranjero.

GRAN SURTIDO DE CARRIKS PARA COCHEROS

Horas de despacho: de 9 á 1 y de 2 á 8 y media.